

Manifestación contra el olvido

Contexto, conflicto y símbolo del 2 de octubre de 1998
en la Ciudad de México*

Sergio Tamayo **

No te dejes arrastrar por el entusiasmo, en México la desilusión castiga muy pronto al que tiene fe y la lleva a la calle ...
Laura Díaz a su nieto, contado por Carlos Fuentes

La plaza amaneció herida; los periódicos dieron como noticia principal el estado del tiempo y en la televisión, en la radio, en el cine no hubo ningún cambio de programa, ningún anuncio intercalado, ni un minuto de silencio en el banquete [pues prosiguió el banquete].
Memorial de Tlatelolco,
Rosario Castellanos

... La procesión es una serpiente enorme que no cabe derecha [...] y por eso se va curvando y recurvando como si decidiera llegar a todas partes u ofrecer el espectáculo edificante de toda la ciudad.
Memorial del convento,
José Saramago

... La calle subvertida y vistiendo la dignidad con ropajes nuevos. La calle como territorio de la otra política, la de abajo, la nueva, la luchadora, la rebelde. La calle hablando, discutiendo, haciendo a un lado automóviles y semáforos, pidiendo, reclamando, exigiendo un lugar en la historia.
Subcomandante Marcos. Mensaje leído el 2 de octubre de 1998.

* Para realizar el estudio de la marcha efectuada el 2 de octubre de 1998, que conmemoró el 30 aniversario de la masacre en Tlatelolco del movimiento estudiantil, se realizó un análisis de etnografía denso con un amplio equipo de observadores, se efectuaron entrevistas abiertas a los participantes, se elaboraron descripciones de la observación directa y participativa, se recolectaron crónicas de la manifestación en diferentes diarios nacionales, se conjuntaron líneas editoriales de distintas fuentes sobre el significado del movimiento en 1968 y sus repercusiones en 1998, así como elementos del contexto social y político.

** Universidad Autónoma Metropolitana - Azcapotzalco.
stf@correo.azc.uam.mx

Una multitud de ingenuos

Como una "multitud de ingenuos", así calificó la Arquidiócesis Primada de México a los participantes en la marcha conmemorativa de los 30 años de la matanza de estudiantes en la plaza de Tlatelolco. Pero fue el único sector que se puso, entonces, del

lado del gobierno federal. Ni siquiera la Iglesia Nacional Presbiteriana, pues ella la aceptó diciendo: "... si los archivos aclaran los hechos [la matanza de estudiantes que llevó a cabo el ejército, el 2 de octubre de 1968], lo mejor es que se abran". Los medios de comunicación, por su parte, abrieron un enorme espacio para el reportaje y el seguimiento en vivo de la manifestación. En plana completa de los principales diarios nacionales se podía leer la publicidad de Televisa: "Abraham Zab Ludowsky por el 68: Que hablen los testigos. Esta noche en el noticiario con Guillermo Ochoa". La estación Radio Red siguió paso a paso desde las 15 horas el inicio y la terminación de la marcha. Entonces, la mentada estación no sacó su *spot* preferido Monitor, no inventó las manifestaciones pero sí la solución: la Red Vial. Todo lo contrario, monitoreó la marcha y los reporteros viales, quienes frecuentemente se convierten en *hechizos* reporteros políticos, ya que cubren todo el repertorio de la protesta colectiva de la ciudad, también ese día funcionaron como observadores directos de la gran marcha, pero ahora sin satanizarla.



¿Qué diferencia tuvo esta manifestación con respecto al tratamiento periodístico de otras? ¿Es posible que los organizadores hayan logrado volcar de su lado a la prensa como lo infiere la teoría de la movilización de recursos? ¿Es acaso que se dio una "estructura de oportunidad política" que favoreció la realización de la marcha, debido a que el gobierno de la ciudad estaba en manos de una oposición de centro-izquierda? ¿Es la debida persuasión que el movimiento logró, como una acumulación sucesiva de campañas políticas ante la opinión pública?

Un primer aspecto que hay que destacar, antes de introducirnos en los componentes de la acción colectiva, es el contexto político particular en el que se dio la marcha. Efectivamente, el hecho de que en 1997 un partido de oposición haya ganado las primeras elecciones para jefe de gobierno del Distrito Federal marcó una gran diferencia y del mismo modo hizo que el partido oficial (PRI) perdiese la mayoría tanto en la Cámara Baja como en la Asamblea de Representantes del Distrito Federal. La diferencia fue que todos los diarios importantes resaltaron dos noticias principales: el acto en el que el jefe de gobierno del

Distrito Federal, Cuauhtémoc Cárdenas, decretó el 2 de octubre día de duelo en la ciudad, y que ese mismo día por la mañana, en ceremonia solemne con la presencia de escritoras e intelectuales, colocara la bandera de las oficinas centrales a media asta, y que poco después en cada delegación política de la ciudad se hiciera lo mismo. Pero eso no fue todo; la otra noticia fue que el Partido de la Revolución Democrática (PRD) logró imponer, a pesar de la negativa del derechista Partido Acción Nacional (PAN) y del oficialista Partido Revolucionario Institucional (PRI), que se colocaran, en letras de oro, en el recinto de los asambleístas la frase *Mártires del movimiento estudiantil de 1968*; en ese mismo lugar

el Presidente Díaz Ordaz, en 1969, dijo sobre la matanza: "El responsable soy yo", confirmando que le había importado un bledo. Guadalupe Loaeza, en un artículo del diario *Reforma*, también se sorprendía de que la televisión y otros medios tuvieran una actitud totalmente distinta, tolerante, hacia la manifestación.

Ahora bien, la marcha en sí misma tiene elementos indispensables que habría que desagregar: en primer lugar, el aspecto simbólico reflejado en las formas de persuasión del movimiento y la retórica utilizada para convencer de la justicia y ética de la movilización; en segundo lugar, las formas de reclutamiento de miles de jóvenes y adultos que decidieron participar a partir de un sentido de identidad y de fuertes inversiones motivacionales; en tercer lugar, las interacciones sociales y el espacio público. De ello trata este trabajo.

Los símbolos

Un movimiento tiene que crear y recrear símbolos que signifiquen algo para los participantes y para aquellos a quienes desean convertir en adherentes. Alberoni (1993) afirma con certeza que los movimientos sociales son fuentes de creación e imaginación, transformadores de interpretaciones históricas y creadores de hitos y referentes de identidad en cada lugar, en cada frase del discurso, en cada personaje vinculado al movimiento. El

pasado se desvaloriza, al menos como se había definido por las instituciones, es prehistoria y entonces se es capaz de rehacer ese pasado.

Existe una proliferación de signos: sucesos, cosas, señales, lugares que se convierten en significativos, sagrados para el colectivo. Se sacraliza el espacio y el tiempo. Así pasó en la marcha de 1998. Una especie del *Aleph* de Borges (cf. Roberto, 1993) en donde el pasado y el futuro se sintetizan en el presente.

Ese manejo de signos y símbolos que llegan a la gente de distintas maneras y las interpretan de diferentes formas debe responder a una retórica de legitimación del movimiento (Stewart *et al.* 1989). Las acciones deben aparecer como legítimas tanto a los ojos del público, como a los miembros y participantes potenciales del movimiento. Éste se asocia a sí mismo con valores vinculados a la igualdad, la justicia y la dignidad; emblemas, héroes, fundadores e historias renovadas que describen la historia de otro modo. Una forma de hacerlo es vincular al movimiento con otros que, ya sea antes o después, hayan ganado respeto y simpatía. Entonces el movimiento aparece como el alma y el espíritu del pueblo. La representación vivida de la ciudadanía. El ejemplo del coraje y la representación de su identidad.

Además, la retórica del movimiento tiene que sustraer las diferencias con respecto al contrincante. Diferenciarse del otro es un elemento de identidad, entonces se busca su deslegitimación, mostrarlo como irracional, de la misma manera que las autoridades ven a los movimientos como una turba desahogada que violenta el orden establecido. Desde la perspectiva del movimiento, las autoridades son las que aparecen como injustas, intolerantes, y se busca ridiculizarlas y exagerar sus defectos (cf. Stewart *et al.*, 1989; Chong, 1991).

Efectivamente, en una marcha, como la del 2 de octubre de 1998, estos elementos se hicieron más evidentes que nunca. Decenas de articulistas se refirieron a los eventos de 1968 para encontrar nuevas interpretaciones y vínculos con la actualidad: "1968, ayer, hoy y mañana", "en la marcha de todos, un 68 para cada quien [...] unió a dos generaciones", "30 aniversario de la matanza".

Por su lado, los manifestantes cargaban sendas mantas con figuras alusivas a Che Guevara, héroe indiscutible de 1968, pero ahora junto al subcomandante Marcos, héroe indiscutible de la posmodernidad. No importa que en crónicas recientes sobre la huelga estudiantil de la Universidad Nacional

(UNAM) en 1999, Sergio Zermeño critique la postura "intransigente" de los radicales que sacaron a relucir los eslogan de los neo-zapatistas y los pasamontañas de Marcos. En esta marcha, todos son Marcos y Ches, todos son radicales, todos viven la euforia de apropiarse la calle para ellos, y todos recuerdan, porque viven para estar en contra del olvido, hasta los que no lo vivieron, el 68 como si lo hubieran experimentado de alguna manera: lugares, héroes, personajes...

Así lo evocó Gabriela Victoria:

Es inevitable. Cada quien carga su 68 como puede... Soy una habitante de esta ciudad y esta especie de síndrome de supervivencia ante la inseguridad desatada en los últimos años, ante el colapso económico y el desempleo, son rasgos culturales que se nos han instalado como parte de nuestra personalidad... Sigo caminando, percibiendo, pensando, evocando, mientras transito por la avenida Flores Magón... El taxi me acercó lo más que pudo, pero otros, minutos antes, se habían negado a proporcionarme el servicio, pues según ellos no querían entrar a una zona conflictiva... La ciudad..., vas sintiendo la atmósfera, casi hueles la tarde semihúmeda, seminublada y casi, también, junto a mí se comparte una sincronización con los latidos en mi corazón y otros latidos de corazones *camineiros*, los cuales convergemos hacia la plaza... Por fin llego. Y recuerdo que hace 30 años, también llegaba retrasada a mi cita para asistir al mitin en la plaza, en aquella ocasión, el lugar de reunión era en el reloj de la Torre Latinoamericana.

La plaza, la torre, la calle, el recuerdo, los latidos. Multiplicación de motivaciones individuales. La cuestión es conocer si las expresiones emotivas tienen que ver o no con la construcción de las identidades colectivas. Más adelante Gabriela dice:

... fue en este pequeño atrio, hace 30 octubre, cobijados por la noche, donde yacíamos tumbados panza a tierra en una especie de trinchera humana que servía como muro para que los soldados-niños, supuestamente, nos defendieran, al menos así lo dijeron con sus rostros tremendos, indígenas, empapados de miedo, mientras nos sacaban a punta de bayoneta, de los hoyos prehispánicos, los cuales nos habían servido de refugio ante las balas, el estupor y la muerte... Sí, ese atrio, cómo no, tan jóvenes, con los ojos llenos de futuro, con la mirada llenita de mundo, que nos parecía tan intrascendente que soldaditos y agentes nos toma-

ran como trinchera para escenificar “su acto”. Ante la muerte bromeábamos, y ya desde ahí, éramos invencibles... (lo sentía, y hasta después lo supe...). Hace 30 años tan “normalmente” también, el párroco ordenó se cerraran sus puertas a la gente que quería protegerse de las balas, su piedad y votos religiosos fueron sustituidos por su miedo.

Otro signo. El tiempo y el espacio. La hora de las luces de bengala sobre el mitin en la plaza de las Tres Culturas:

Érik Márquez, orador, es interrumpido pues son las 6:05 p.m., hora que lanzaron las luces de bengala desde el helicóptero [ahora se sabe que no fue desde el helicóptero, sino desde las azoteas de la Torre de Relaciones Exteriores, según la Comisión de la Verdad, de 1993. No importa, el significado del helicóptero es otro símbolo del movimiento...]. Se guarda un minuto de silencio... El silencio es estrujante. Soy parte de la masa, de esa solidaridad colectiva e incendiaria que asaltó el cielo con su imaginación y demostró que los sueños perduran y que han sobrevivido cárceles, infiernos personales-microscópicos e infinitos.

Las consignas son parte de la retórica de la legitimidad del movimiento. La necesidad de decir y hacerte aparente con el coraje que la gente se guarda ahora con las consignas de antes:

El balance estaba ahí. Con un *ayer* que pedía justicia y libertad para los presos políticos y un *hoy* exigiendo justicia y libertad para los indígenas de Acteal y Aguas Blancas. También estaba una sociedad civil corpórea de carne y hueso con la conquista de los derechos humanos, sexuales, de libertad de expresión, de conciencia. También estaban otros muchos plantados con un compromiso intelectual, ético y artístico. Los símbolos también presentes se despliegan en mantas del Che y Marcos, se instrumentan también en el icono que por un peso, te estampan en la mejilla. Las consignas de *ayer* y de *hoy* se articulan:

¡No queremos olimpiadas, queremos revolución!
 ¡No que no, sí que sí, los asesinos son del PRI
 ¡E-ZETA-ELE-ENE...; Marcos!
 ¡Ho! ¡Ho! ¡Ho-Chi-Min! ¡Che! ¡Che! ¡Che Guevara! ¡Dios de octubre no se olvida...!

Junto a estas consignas se entrecruzan otras que vienen de los múltiples grupos con múltiples identidades: “Fin a la impunidad, los Salinas y la corrup-

ción. Contra la impunidad policiaca y el narcotráfico. Contra el Fobaproa”. Comparto el espíritu de Gabriela: el *ayer* y el *hoy* se tocan, se recrea el pasado, se construye el presente con la acción colectiva y se busca con desesperación la utopía que te abrirá un futuro distinto. Así se forman las utopías, como dicen Heller, Habermas y Lefebvre. Si el punto sensible en el pasado era la justicia y la libertad, el punto sensible de hoy son los indígenas, la justicia y su dignidad. La búsqueda de una plena ciudadanía, con participación, amplios derechos y la reivindicación de la vida personal y comunitaria, todo se toca a un tiempo.

El reclutamiento y la motivación individual para participar:

- No andaba mirando, estaba marchando. Vengo con mi hijo-, contesta sonriente.
- Estos estudiantes que han vencido sus miedos...

¿Por qué la gente participa? ¿Cómo vencen sus miedos? Carlos Fuentes nos recuerda:

... entraban a la plaza centenares de hombres y mujeres jóvenes pidiendo un país nuevo, un país mejor, un país fiel a sí mismo; y ella... pero ella ya no pudo fotografiar el olor de muerte que asciende de la plaza empapada de sangre joven, ella ya no puede captar el cielo cegado de la noche de Tlatelolco, ella ya no puede imprimir el miedo difuso del gran cementerio urbano, los gemidos, los gritos, los ecos de la muerte... La ciudad se oscurece.

El miedo se enraíza en la vida cotidiana, se refuerza con el uso de la violencia institucional y se interioriza con las experiencias de otros y la información ofrecida por los medios. Romper esa opresión, esa cotidianidad, es la enorme dificultad de “atravesar el río prohibido de la trasgresión” (Alberoni, 1993). En momentos de crisis, puede surgir la sobrecarga depresiva. El pasado nos pesa porque nos recuerda que el presente es peor. La nostalgia por el pasado se convierte en conservadurismo y reacción. Aburrimiento, rencor, desencanto. Sí, hay tranquilidad, pero también desasosiego. Tenemos que actuar en un escenario preestablecido, con normas establecidas y metas que se ven cada vez más lejanas, que nos hablan de la marca del éxito individual (cf. Merton, 1995). Pero cuando se vive un proceso generalizado de empobrecimiento, de frustración, al reducirse los horizontes de posibilidades, de desequilibrio entre la satisfacción de nuestros objetivos

individuales y el acceso a los medios institucionales para alcanzarlos, se genera un proceso de anomia, como lo explicarían Durkheim y Merton. Marx lo llamaría un estadio de crisis que tiende a separar el desarrollo de las fuerzas productivas, la tecnología, el avance de la ciencia, etc., del nivel más bajo del desarrollo de las relaciones sociales, en el mercado laboral, en las formas de solidaridad, en la vida cotidiana.

Posición social y participación colectiva no son variables de causa y efecto. Pero la relación entre la experiencia de vida y los factores culturales, la interacción con grupos e individuos, la apertura hacia creencias e ideas venidas del exterior, todo ello se conecta con los factores objetivos y genera formas de acción social (cf. Tamayo, 1996). Es en este punto donde la relación de los intereses individuales y la acción colectiva se hacen más evidentes. La comunicación entre redes sociales y grupos primarios es fundamental para convencer y participar.

Stewart *et al.* (1989) consideran una etapa importante de conformación de grupos a partir del temor y la frustración que se expresan en forma más o menos generalizada. Las organizaciones sociales comienzan a implementar un repertorio de acciones, a veces dispersas, como sería realizar una asamblea, escribir un manifiesto, describir el problema, identificar las causas del malestar social, establecer metas.

En el caso de la movilización del 2 de octubre de 1998 es más fácil advertir esta fase, porque los actos conmemorativos a partir de 1968 nunca dejaron de sucederse. Cada año, cada 10 años, cada 20 años había un tipo de movilización. Resulta sintomático que a los 25 años la marcha haya sido menos numerosa, pero la actividad que generó la llamada Comisión de la Verdad para obtener los archivos del ejército sobre los sucesos del 68 produjo gran expectativa en la opinión pública, a pesar de que no logró su objetivo fundamental. Para 1998, manifiestos y llamados de múltiples y muy diferentes grupos se expresaron en la radio, en la televisión y en la prensa. La demanda fundamental no se basaba en aspectos materiales. Al contrario: "Queremos saber la verdad" era lo que se pedía. Conforme se acercaba el día fijado para la marcha, la efervescencia y el optimismo se hacían cada vez más grandes. Se va generando lo que Stewart *et al.* (1989) denominan la movilización entusiasta. Los medios de comunicación ponen atención y los obstáculos para participar se van minando conforme se percibe una mayor participación de los otros.

La existencia de redes de organizaciones es muy importante para el buen funcionamiento de la marcha, pero también lo son buenos vínculos de comunicación con otros individuos (cf. Olson, 1971 y Melucci, 1996). Personas con experiencias previas de participación son persuadidas más fácilmente. Los grupos familiares, laborales y de amigos también funcionan como comunicadores. Es interesante notar que la sociedad civil, aparentemente amorfa y heterogénea está fuertemente organizada en pequeños grupos y asociaciones que casi nunca tienen conexión o relación entre sí. Una movilización de características amplias como ésta puede permitir la conjunción de intereses y la generación de alianzas espontáneas.

Lo que se ha observado en los casos de las manifestaciones públicas de carácter ciudadano es que los individuos van en pequeños grupos. Amigos y compañeros de las escuelas. Parejas y matrimonios. Compañeros de trabajo. Vecinos de una colonia o barrio. Junto a ellos se expresan organizaciones formales amplias, participantes del movimiento urbano, sindicatos, grupos independientes de artistas. En este sentido la teoría de la elección racional sí permitiría conocer las razones por las cuales un individuo decide participar en cooperación con otros. Cada uno de ellos consideraría la situación y la analizaría en función de los costos que le va a implicar participar y los beneficios que le traerían hacerlo. Por supuesto, como vimos más arriba, esta decisión aparentemente utilitarista, no lo es, sobre todo en manifestaciones públicas de este tipo donde la ganancia material está evidentemente ausente del todo (cf. Olson, 1971). La ganancia es más bien expresiva, de sentimientos de solidaridad, de tipo emocional, que permite ahondar en la conciencia social y cívica de los individuos.

Ésta es, así lo considero, una de las principales razones de la utilidad de la manifestación pública, siempre y cuando presente los elementos de simbolismo y persuasión lo suficientemente universales para que distintos grupos se identifiquen con sus objetivos. Además de hacerse visible e indicar al contrincante qué tan consistente y amplia es la influencia social del movimiento, el aspecto crucial se traslada hacia la necesidad de la cohesión interna de los participantes en un evento tan amplio en el cual no todos pueden conocerse, ni interactuar, como podrían hacerlo en grupos más pequeños (Olson, 1971).

Por ello, una forma de agregación es cuando se trata de individuos que comparten intereses o

valores comunes, pero que no han tenido una base organizativa estable. Su único vínculo se da por la vía de la información interpersonal, redes informales, medios de comunicación e invitaciones personalizadas.

Si entendemos la perspectiva del marco interpretativo (*frame alignment*) de Snow *et al.* (1986), podríamos añadir que por la vía de amplificar los valores que identifican e idealizan al movimiento, las personas pueden participar más sobre la base de la justicia, la cooperación y los derechos humanos. Es posible relacionar lo anterior con las evidencias encontradas en cartas personales que fueron colocadas en la ofrenda a los caídos, un momento construido en 1993 y ubicado en la plaza, cerca de la parroquia de Tlatelolco. Las cartas y los carteles fueron hechos en su mayoría en pedazos de cartón y hojas de papel que al parecer se encontraron tirados o arrancados de algún cuaderno que tenían a la mano. Algunas dicen así:

Somos los hijos de los estudiantes que no pudieron matar. Somos los nietos de la revolución. ¿Quieres saber quien soy? Todos somos Marcos.

Otras:

Para Laura, Gloria, Luisa, Alma, Daniela, Sandra, Elena, Elisa, Araceli, Maru, Martha, Mónica, Ana, Rocío, Noemí, Érika, Alejandra, Karla, Esmeralda, Karina, Perla, Lizette, Angélica, Montserrat, Jenny, Jessica, Sarahi y todas las que no escribí: gracias por haber luchado, y perdón porque estas generaciones solo busquen desmadre y no sepan qué fue la lucha. II/XLXVIII, ATTE. D.P.H.

Miro al cielo y pregunto: ¿cuántos ángeles habrán subido ese 2 de octubre?

Interacción social y apropiación del espacio

El último elemento de análisis de la marcha del 2 de octubre es su magnitud y el tipo de interacción social que se da entre los participantes. Tilly (1995) define el movimiento social como un reto público contra un adversario en nombre de una población desfavorecida a través de exhibiciones públicas que

deben contener un mínimo de componentes de la acción. En esto, es importante analizar: *a)* la magnitud de la movilización; *b)* la determinación de la población que polariza sus demandas; *c)* la unidad, que se refiere a la identidad y la cohesión social, y finalmente, *d)* el mérito, referido a la tenacidad del movimiento y a los valores expresados en él.

La marcha del 2 de octubre de 1998 concentró a más de 120 000 participantes —aunque según la Secretaría de Seguridad Pública fueron 25 000— y hubo 2 200 policías preventivos, de tránsito y granaderos. Simplemente la magnitud de la marcha muestra qué tan importante es concentrar un número de ciudadanos que coinciden en aspectos elementales de justicia y democracia. Aspecto que no puede ser obviado por los medios de comunicación ni por las autoridades responsables.

Pero lo importante en esta perspectiva es el comportamiento colectivo que una manifestación de tal magnitud genera en los participantes. La clásica teoría de las multitudes ha considerado que el individuo pierde su comportamiento racional en tumultos que lo seducen y le imponen conductas contra su voluntad, llevadas al extremo por esa seducción y por la imitación. Distintas corrientes han criticado esta interpretación tanto desde la visión estructuralista como desde el interaccionismo simbólico. No obstante el hecho de que comparta esta crítica, pienso que hay elementos suficientes para considerar que el comportamiento eufórico en un acto colectivo sí se deriva, al menos en parte, de sensaciones y factores psico-motivacionales. Esto mismo lo expliqué en un trabajo anterior sobre los cierres de campaña del PRI, PAN y PRD, en 1997, que compitieron para jefe de gobierno del Distrito Federal (DF). En ese estudio mostré que la efervescencia social aumenta en actos públicos por la intensa interacción y la cercanía física, que llevan a alimentar las emociones y las actitudes desbordadas (*cf.* Tamayo, 1999b).

Algo parecido pasó en la manifestación del 2 de octubre. Habría que considerar que la efervescencia es mayor en una marcha que en un mitin público, dado el dinamismo que la marcha imprime a los participantes, los constantes cantos y consignas vociferados durante todo el trayecto, así como las carreras y empujones.

El hecho relevante es que la movilización se realizó con la acumulación tanto de múltiples grupos pequeños como de contingentes gremiales grandes e individuos solos. Daba la impresión de una totalidad lista a apropiarse de la calle toda: “Es la

apropiación del espacio —dice Gabriela Victoria—, del cielo, de la plaza y están para corroborarlo desde el chavo *dark*, el chavo banda, el chavo *punk*, libres en sus vestimentas fantásticas, hasta ese dirigente anónimo el cual improvisa ‘su discurso’.”

En la marcha estaban todos. Un 68 para cada quien, como expresó la prensa. Amas de casa, estudiantes, obreros, homosexuales, *darks*, abuelos, hijos, nietos, *punks*, oficinistas, politólogos... Pero la gran mayoría eran jóvenes, estudiantes de secundaria y preparatoria. No podían faltar en estos tiempos de posmodernidad nostálgica los manifestantes ataviados con ropajes prehispánicos: taparrabos, sandalias, plumajes, cascabeles, brazaletes, diademas, túnicas, estandartes. Todo esto complementado con sus inseparables mochilas de *vinil* al hombro o a la espalda. Quemaban incienso, copal, y realizan su rito mortuorio por los caídos en la plaza.

La indumentaria es fuente de identidad. Independientemente de la excentricidad de los “mexicanistas”, la gente misma se convierte en un icono; ataviada, sin importar la edad, como eternos estudiantes: pantalones de mezclilla, cierto tipo de camisas, chamarras, suéteres, determinado tipo de calzado...

Cada grupo interpretaba y se apropiaba del evento como quería, tanto individual como socialmente. La tarde estaba nublada y caía una especie de llovizna ligera. Sobresalían los colores negro y rojo. En algunas mantas el rojo simulaba sangre.

En la calle había dos tipos de contingentes. Los que marchaban y los que observaban. En las casas de los alrededores las personas salían a los balcones y se asomaban por las ventanas. En las esquinas, es decir, en los nodos según el análisis espacial de Kevin Lynch (1984), se congregaba un importante número de observadores que, sin embargo coreaba y aplaudía a los contingentes.

Se daba un intercambio de miradas entre los de la manifestación hacia los de las banquetas y alrededores, y viceversa, miradas a veces de complicidad, a veces de incertidumbre. Era un desfile de miradas; algunas reflejaban más compromiso, otras parecían disfrutar del espectáculo.

La noche caía y la impresión de una aureola de misticismo seguía flotando en el aire. Varios vende-



dores ofrecían velas y veladoras. Muchos compraron en ese momento, otros ya traían consigo las suyas. La semioscuridad se iluminó de repente con el resplandor de cientos de velas. Una señora reza hincada cerca de la estela.

Ya en la plaza, el anochecer caía sobre los edificios aledaños. La emoción se hacía latente. La gente sabía desde antes que el espacio de la plaza se convertiría en un ser colectivo. Plaza donde se establecerían más fuerte aún los vínculos emocionales y de pertenencia que favorecieron el sentido de familiaridad, la percepción de estabilidad y un sentimiento de control que pocas veces puede tenerse fuera de la plaza, entonces repleta.

Todos nos apropiamos de la plaza. No más dejaremos a nuestros hijos como herencia, una red de agujeros. Así, con un paisaje de manos izquierdas emergiendo del símbolo-dedos con la V de la victoria, mi garganta no puede resistir el control y la ecuanimidad; se desborda el nudo ahí alojado y se derrama en lágrimas, porque me pareciera verme yo con mis 17 años, del 68, reflejarme en éstos jóvenes del 98. Espejos espirales.

La plaza era estrecha para la cantidad de personas asistentes. Pero no todas se quedaban en el acto. No es de extrañar. A la gente le gusta marchar, no aburrirse con los oradores, y en este acto fueron ¡13! los que hablaron. Daba la impresión visual de que había una “contra-marcha”, porque llegaban a los límites de la plaza y se daban media vuelta para retomar la calle-eje Lázaro Cárdenas. Yo marché, parecieran decir, no me interesan los oradores...

Los que llegaron y se quedaron, apreciaron un cierto aire de entusiasmo. Todos querían llegar y ser partícipes de la celebración y ser cómplices de la historia. En efecto, convergieron varias generaciones, 1968-1998, compartieron un mismo significado, aunque su interpretación fuese distinta:

Cuando regresé de la marcha, en casa me esperaba la otra descripción (más densa, más participante) de mis hijos que con sus diferentes contingentes y amigos habían estado presentes también. Ahí, también, la espiral seguía... (Gabriela Victoria).

Consideraciones finales

Así fue cómo el 2 de octubre de 1998 se conmemoró —con una masiva marcha que recorrió algunas de las principales calles y avenidas en la Ciudad de México, del Zócalo a la plaza de las Tres Culturas, en el conjunto habitacional Tlatelolco— el 30 aniversario de la masacre de estudiantes, que sucedió en esa misma plaza, perpetrada por la corporación policiaca de granaderos, grupos paramilitares y el ejército. Aunque en esos días la huelga de los estudiantes continuó por dos meses más, el movimiento se apagó con la violenta represión de las autoridades; fue derrotado, se podía pensar entonces; sin embargo los efectos del movimiento han sido enormes, para los procesos políticos democratizadores tanto de la Ciudad de México como del país, como he explicado en otras ocasiones (Tamayo, 1999a).

No obstante, el modelo de desarrollo neoliberal de la actualidad, más de 30 años después, ha promovido la sensación de que la participación del individuo en aislamiento es lo fundamental, mientras que se ha limitado la trascendencia de la participación colectiva. Esto se aúna a la resultante psicosis colectiva de la vida urbana en el último decenio del siglo XX, provocada por la polarización dramática de la población en niveles socioeconómicos y por la percepción e interiorización de imaginarios perniciosos azuzados por los medios de comunicación y algunos escritores, y cronistas de la ciudad. La cultura de tal posmodernidad tiende a desalentar acerca de los infortunios de una vida cotidiana desintegrada y fragmentada, sin crear alternativas de superación de la crisis, lo que genera una mayor ansiedad, grandes frustraciones, rencores y una enorme pobreza de incentivos de solidaridad social.

Un aspecto relevante que me interesa ahora destacar es el impacto físico y simbólico de esta marcha en el contexto de la Ciudad de México. Sobre todo porque la percepción de la vida urbana en los habitantes del DF mucho se ha condicionado por un imaginario maléfico, o múltiples imaginarios maléficos, siguiendo la definición de Katia Mandoki (1998), que han puesto en el mismo sitio problemas de inseguridad pública, corrupción, contaminación y caos, todos producidos, dicen, por las manifestaciones de protesta. El contexto urbano en el que se desarrolló la manifestación del 2 de octubre era, al

menos así se presentaba en apariencia, desventajoso para los organizadores y participantes de la movilización. Sin embargo, los medios y la opinión pública la reivindicaron y obviaron el efecto pernicioso del caos vial y el bloqueo que otros ciudadanos sufrieron debido a la demostración masiva.

Las características de la manifestación del 2 de octubre de 1998, a 30 años de los sucesos de Tlatelolco, replantean tres aspectos: la motivación de los individuos a participar en la manifestación; los símbolos y la retórica de la manifestación que muestran formas específicas de persuasión dirigida a las autoridades y a la opinión pública; y, finalmente, los componentes de la acción colectiva, es decir, la magnitud, el comportamiento de los grupos y la apropiación del espacio y de la calle pública.

Designada de varias maneras, la manifestación, aquí analizada exclusivamente como marcha, tiene un carácter tanto político como simbólico. A través de ella podemos adentrarnos a los procesos de formación de grupos, de las motivaciones de los individuos a actuar colectivamente, de la fuerza social y política que tengan o no los movimientos sociales para transformar ciertos aspectos del sistema, y el contexto en el que están inmersos en una estructura de oportunidades y restricciones políticas. El pretexto para hacer este trabajo es la comprensión teórica y la aplicación de métodos cualitativos al estudio de los movimientos sociales. *

Bibliografía

- Alberoni, F. 1993 - *Enamoramiento y amor*. Gedisa, México.
 Alejandro, Roberto 1993 - *Hermeneutics, Citizenship and the Public Sphere*. State university of New York Press, Albany.
 Chong, Dennis 1991 - *Collective Action and the Civil Rights Movement*. The University of Chicago Press, Chicago.
 Fillieule, O. 1997 - *Stratégies de la rue*. PFNSP, París.
 Fuentes, Carlos 1999 - *Los años de Laura Díaz*. Alfaguara, México.
 Lynch, Kevin 1998 [1984] - *La imagen de la ciudad*. Gustavo Gili, Barcelona.
 Mandoki, Katia 1998 - *Desarraigo y quiebre de escalas en la Ciudad de México*. En *Anuario de Espacios Urbanos*. UAM-A, México.
 Melucci, A. 1996 - *Challenging Codes, Collective Action in the Information Age*. Cambridge University Press, Cambridge.
 Merton, R. 1995 - *Teoría y estructuras sociales*. Fondo de Cultura Económica, México (primera reimpresión).
 Olson, Mancur 1971 - *The Logic of Collective Action*. Harvard University Press, Cambridge.
 Saramago, José. *Memorial del convento*. Varias ediciones.
 Snow, D., Jr. Rochford, F. Steven y D. Robert 1986 - *Frame alignment processes, micromobilization and movement participa-*

tion. *American Sociological Review* (51), agosto.
 Stewart, Ch., C. Smith y R. Denton 1989 - *Persuasion and Social Movements*. Prospect Heights, Waveland Press, Inc. Illinois.
 Tamayo, Sergio 1996 - Violencia y no violencia en los movimientos sociales. *Colección de Estudios Urbanos*. UAM-A, México.
 1999a - Los veinte octubres mexicanos. Identidades colectivas

y ciudadanía. UAM-A, México.
 1999b - Cultura ciudadana, espacio público e identidades colectivas. En *Anuario de Espacios*. UAM-A, México.
 Tilly, Charles 1995 - Los movimientos sociales como agrupaciones históricamente específicas de actuaciones políticas. *Sociológica* 28, año 10, mayo-agosto.

Los espacios públicos en Iberoamérica

Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX

François-Xavier Guerra,
 Annick Lempérière et al.

- ✓ El pasado republicano del espacio público
- ✓ República y publicidad a finales del Antiguo Régimen (Nueva España)
- ✓ Prácticas de lectura, ámbitos privados y formación de un espacio público moderno. Nueva Granada a finales del Antiguo Régimen
- ✓ De la política antigua a la política moderna. La revolución de la soberanía
- ✓ La publicidad de la Junta Central Española (1808-1810)



CEMCA

Fondo de Cultura Económica

✓ Tertulia de dos ciudades: Modernismo tardío y formas de sociabilidad política en la provincia de Venezuela

✓ Opinión pública y representación en el Congreso Constituyente de Venezuela (1811-1812)

✓ El escándalo de la risa, o las paradojas de la opinión en el periodo de la emancipación rioplatense

✓ Lima, sus élites y la opinión durante los últimos tiempos de la Colonia

✓ La comunidad de lectores y la formación del espacio público en el Chile revolucionario: de la cultura del manuscrito al reino de la prensa (1808-1833)

✓ La génesis de la opinión pública moderna y el proceso de independencia (Río de Janeiro, 1820-1840)

✓ La patria en representación. Una escena y sus públicos: Santa Fe de Bogotá, 1810-1828

✓ La escuela chilena y la definición de lo público